

ALEJANDRO AGUADO

EL BIENHECHOR

LA AMISTAD DE UN GRAN HOMBRE

POR BENJAMÍN MEDINA Y LÓPEZ

Hasta en aquellos momentos en que el hombre ofrece su vida en holocausto de un ideal - aunque parezca anómalo y paradójico - se muestran francos o encubiertos los intereses creados. Las luchas civiles que siguieron a la emancipación americana vienen a probarlo. La lucha se entabla entre los compañeros de ayer. Siempre hay alguien ávido de mando que quiera apoderarse de la revolución, para desviarla, desvirtuarla mismo. Lo vimos en la segregación del virreinato del Río de la Plata, en la facción de los Carrera en Chile, con Riva Agüero en el Perú, con Bolívar, Santander y Páez más al norte. Todos querían la independencia de las colonias españolas; pero pocos lo entendieron tan desinteresadamente como el general don José de San Martín, verdadero mensajero del destino y que sólo persigue la libertad del continente, haciendo sentir que, ciudadano de América, no tiene fronteras, su patria es extensa como su sacrificio. Necesariamente, San Martín tiene que ser la víctima ilustre de los intereses creados

Grand-Bourg, la pequeña finca en la que pasó muchos de sus días el Libertador. Se halla situada en el municipio de Evry (Francia), próxima a Petit-Bourg, la grande y suntuosa mansión perteneciente al marqués de las Marismas del Guadalquivir, don Alejandro María de Aguado, a quien San Martín denominó "el bienhechor", por las numerosas pruebas de amistad y afecto de que lo hizo objeto. Extraño resulta el contrasentido en el nombre de ambas propiedades, si se comparan su importancia y tamaño. Dichas fincas están situadas en una misma ribera del Sena, y esa vecindad de San Martín con el viejo amigo y compañero de armas, don Alejandro María de Aguado, fue bálsamo valioso para el espíritu del Gran Capitán.

por las banderías, y en Guayaquil renuncia y se retira ante quien parecía ser su conmitón y era ya su rival. San Martín prefiere abandonar América, su patria, que él hace nueva y grande - y que los otros hacen chica y estrecha, - antes que alistarse en una división cualquiera, liberal, republicana, monárquica, unitaria o federal. Está por encima de las fórmulas, que hacen sólo sobre el papel la felicidad de los hombres.

No desmonta de su propósito único y puro: la independencia. El no quiso otra cosa. No deseó ser general. Rechazó los títulos. No quiso ser presidente ni caudillo. Su misión era consagrarse a un ideal y realizarlo. Eso hace que hoy se presente desprendido, al frente de la Gran Mayoría Silenciosa. Es el héroe que no puso precio a su tarea, otro que la independencia, y se fue sin cobrar. Por eso, de pronto, rechazando la postura ya dictatorial del "militar afortunado", se aleja de América con muy flacos recursos para

subsistir en el ostracismo. En otras páginas de este número, bajo el título de “Las cuentas del Gran Capitán”, se enumeran esos recursos, y olvidado por las naciones a cuya independencia contribuyó, le sale al camino el corazón generoso que había de apuntalar su vejez. Alejandro Aguado, compañero de armas de San Martín, en el batallón de Murcia, va a redimir con su generosidad la ingratitud de todo un continente. Alejandro Aguado, hijo del conde de Montelirios, nace rico. Sus dotes de financiero lo harán multimillonario, y Fernando VII recompensa su colaboración al designarlo marqués de las Marismas, celebrando en ese título la obra que Aguado acometió en su costa: el desagüe de los terrenos palustres que iban desde Sevilla al mar. Al emigrar a Francia, se convierte en el banquero de confianza del rey Luis Felipe, y San Martín vuelve a encontrarlo en París, en el año 1831, y Aguado procura a San Martín la adquisición de dos casas: Grand-Bourg, la ermita, y una casa de renta, en la calle Neuve Saint Georges, en París. Además, habilita al joven Mariano Balcarce, que está casado con Merceditas San Martín, para que inicie un negocio transatlántico de comisiones con Chile y el Río de la Plata. He aquí parte de la intervención de Aguado, que repara con su fortuna el desagradecimiento de las naciones para su Libertador. Aguado, que es conocido en Francia por sus obras de bien público, como, entre otras, el de tender sobre el Sena un puente, atrae la atención del mundo social, de ese París cabecera del siglo XIX, con sus fiestas, sus palacios, sus libreas, sus carrozas, siendo célebre la que adquiere al arzobispo de Toledo; ese París brillante y superficial que atraviesa el bulevar, está lleno de Aguado. Es el Rothschild del momento, antes que Rothschild, pero favores, lujo, sorpresas, dádivas, fiestas espectaculares, amistades principescas, rumbo, todo ello no hubiera dejado los límites inmediatos de una de las tantas épocas ruidosas de Francia, que se aleja con su rey hacia el exilio en 1848, y Aguado había muerto ya en 1842. Lo que salva a Aguado de la crónica falaz que anota el dinero y lo hace entrar de pie en la historia es su amistad con San Martín. Razón tiene Voltaire cuando dice: “La amistad de un gran hombre es un regalo que nos hacen los dioses.” Aguado sobrevive en la amistad de San Martín, por haber sido generoso con el amigo en desgracia y haber sabido dar a la amistad ese aspecto con que Bernardino de Saint Pierre la describe: “Árbol que ofrece a un tiempo mismo flores y frutos.” Aguado ocuparía un lugar muy desteñido en la lontananza de la memoria si no le hubiera tocado la suerte de ser el amigo y el protector de un gran hombre.

Dice Abel Bonnard: “Está pronto para la amistad aquel a quien los hombres no han decepcionado del hombre (y si nos detuviéramos aquí, no parecería ser San Martín el mejor preparado para la amistad, cuando tanto lo habían decepcionado, pero Bonnard continúa), aquel hombre que creyendo y sabiendo que en esta tierra están perdidas algunas grandes almas, algunos espíritus soberanos, algunos corazones encantadores, no se cansa de buscarlos y los ama antes de encontrarlos.” San Martín los buscó. Aguado los halló.

San Martín dio un lugar preponderante en su corazón a la amistad. Tuvo amigos de una sola pieza. Y cuando pretende pintar hasta dónde mereció su afecto la esposa tempranamente desaparecida, no es la palabra amor la que emplea. Hace grabar en la columna trunca: “Aquí yace Remedios Escalada, esposa y amiga del general San Martín.” Los actos de Aguado hacia San Martín parecen ser fallos del corazón ante la posteridad que viene en apoyo de la alta idea que del héroe civil se nos ha legado en su ostracismo, pues el testamento del banquero lo señala como albacea y tutor de sus hijos menores, y por su tarea no le fija retribución alguna, pero se saca la sortija, el reloj, la perla, la tabaquera, el juego de botones – sus alhajas normales – y se los deja de recuerdo al ser preferido de su amistad: el Libertador. En ese

codicilo de una vida noble, que tanto hizo por el bien público, Aguado alcanza a su amigo, deja la tierra y entra en la historia. Alejandro Aguado había tenido la suerte de conocer el más grande regalo de los dioses: la amistad de un gran hombre.

Artículo aparecido en una revista de 1950, en los homenajes del centenario del fallecimiento del Padre de la Patria, Gral. Don José de San Martín.
